

# EDMUNDO O'GORMAN O LA IMAGINACIÓN COMO RAZÓN DE SER

Eugenia Meyer\*

UNA LECTURA CUIDADOSA del texto formulado por Edmundo O'Gorman en 1985, con motivo de la conmemoración del fallecimiento de Justo Sierra, creador de nuestra Universidad, nos permite descubrir las pautas que, con cierta ironía, señala a manera de instructivo sobre el modo en que desearía ser homenajeado tras su muerte, y quizá también reconocido por la historia. Se trata, en cierta forma, de una sugerencia de epílogo de su vida, o bien, de una inspiración para su epitafio:

Decía San Agustín que debemos imaginar al hombre como una bestia acorralada en un coto circundado por el abismo de la muerte, de manera que sea cual fuere el rumbo que emprenda el hombre en el peregrinar de su vida fatalmente se le actualizará la condición precaria de su existencia. Y así se nos revela que en la celebración de cualquier efeméride lo que secretamente nos conmueve no es el suceso memorado sino el asombro de hallarnos aún en comunión con los vivos. De ser inmortales [...] porque la temporalidad sin barreras no es temporalidad. Descubrimos así que la condición de posibilidad de una ceremonia [...] radica en la certeza del acabamiento de todo lo contagiado de humano, y que la razón de ser por la que preguntábamos, la de ese antiquísimo rito de conmemorar aniversarios estriba en el iluso optimismo de haber obteni-

\* Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

do una victoria en la incesante batalla que, obcecados, creemos estar librando contra nada menos que la precariedad constitutiva de nuestro existir.<sup>1</sup>

O'Gorman, el hombre, el historiador, encuentra en la costumbre de conmemorar el profundo significado y la secreta razón de ser de ese antiquísimo rito consistente en abrir un paréntesis en la diaria rutina del flujo temporal para dedicarlo a rememorar acontecimientos y personas en fechas aniversarias.

Consideraba que así se establecía un vínculo entre el discurrir histórico y el acaecer cósmico, entre el suceso de la contingencia del arbitrio humano y el suceso fatal de la mecánica celeste. Un nexo, pues, fundado en la mera simultaneidad de dos momentos adscritos a provincias distintas de lo existente, compatibilidad que nos impide caer —decía— en la trampa de pretender disfrazar de perenne lo transitorio, cuando advertimos que no es sino frustráneo intento de ocultar a nuestra mirada la pavorosa realidad deparada por la irreversible ronda de los años.

O'Gorman juzga manifestación admirable de la astucia de nuestra conciencia la posibilidad, más aún la “necesidad de recurrir a subterfugios para que la vida sea algo más que disimulada muerte, porque no está tan inerme el hombre como para no poder laurear aquellas ilusorias victorias en burla del *sic transit gloria mundi*, subyacente, como vivimos, en toda conmemoración aniversaria”<sup>2</sup>

Así reconocía que la mayor prez del historiador radica en poder “transubstanciar el pasado en presente, prodigiosa alquimia de esa asombrosa potencia del alma que es recordar y cuya etimología acusa la vivencia de acarrearle al corazón, para que allí sobre nueva vida, lo que el viento de la muerte se llevó”<sup>3</sup>

Y nos invita a no abdicar en el futuro al “extraordinario privilegio de poder comunicarles a los desaparecidos esa manera de presencia que los capacita a recibir, sea la ofrenda de nuestro amor, sea

<sup>1</sup> Edmundo O'Gorman, “La incesante batalla”, (homenaje a Justo Sierra), *La Jornada Semanal*, México, 13 de octubre de 1985, pp. 6-7.

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> *Idem*.

el testimonio de nuestra admiración, sea el tributo de nuestra gratitud”<sup>4</sup>

Edmundo O’Gorman vivió como quiso y vivió una larga, vehemente y fructífera existencia que legó muchas, inspiradas y significativas lecciones a sus alumnos, a los mexicanos.

Fue, a qué dudarlo, nacionalista a ultranza; insobornable, si se quiere, en la tarea de recurrir a la historia para encontrar nuestra razón de ser y la inspiración del futuro. Para él la historia era sinónimo del proceso mismo de la vida humana pues a lo largo de aquélla hemos buscado mejores formas de existencia en respuesta a la necesidad esencial —siempre renovada, y traducida en impulso fundamental de vida— de ser felices, respecto de la cual podría afirmarse, por tanto, que “es la necesidad que genera las demás necesidades, es la necesidad de las necesidades”<sup>5</sup>

Reconocía que el hombre había logrado asumirse como el amo del universo y que, en consecuencia, sólo le restaba convertirse en “amo de sí mismo” para conquistar “la inocencia y con ello recobrar el paraíso perdido”.<sup>6</sup> Inocencia de la que, tal vez en busca de ese edén malogrado, se había desprendido él mismo tiempo atrás pues, lúcido hasta la desesperación de quienes lo escucharon, admiraron o envidiaron, punzante y también cáustico sin piedad, desde el medio siglo, como pocos, mucho hizo por poner los instrumentos del historiador en el nivel de los más rigurosos requerimientos del presente.

Por ser una mezcla de abogado —habida cuenta de sus antecedentes de jurista y filósofo—, que reconocía en José Gaos el mérito de haber encontrado, descubierto, que no *inventado* a Heidegger, “el maestro de la filosofía contemporánea”,<sup>7</sup> O’Gorman, en franca oposición a los llamados “historiadores naturalistas”, asumía la necesidad de atender el pasado y explorar “la unidad entrañable e irre-

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> Edmundo O’Gorman, “La historia como búsqueda del bienestar. Un estudio acerca del sentido y el alcance de la tecnología”, *Plural*, septiembre de 1974, p. 10.

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 326.

batible de nuestra vida con la historia”<sup>8</sup>, sólo entonces —creía él como historiador— se alcanzaría el conocimiento de la auténtica ciencia que es la historia frente a la historiografía tradicional, a su parecer inauténtica.<sup>9</sup>

Muy temprano sentó las bases de su particular ética como historiador y el imperativo esencial, fuere cual fuere su postura filosófica, de esforzarse para cobrar plena conciencia de la verdad, de su significado y de su alcance. Advertía, en consecuencia, que lo importante “es expresarse con valor; darles la cara a los verdaderos problemas que siempre son los propios, los íntimos [...] Refugiarse, como ya es común, en la ambigüedad del silencio, baluarte de falsos prestigios, es cobardía y tanto más cuando se ampara en la fama”<sup>10</sup>.

Todo compromiso de los hombres y las mujeres de ciencia implica el desafío de enfrentar, pues “la única forma de salvación intelectual es tratar por riesgo y cuenta propia, hasta donde den las fuerzas, de aclarar el significado de las propias actividades del espíritu humano”<sup>11</sup>.

Pero, ¿cómo estudiar el pasado entendido como un *depósito de experiencia humana* que, por ende, se constituye en un precedente aprovechable al considerarlo como una existencia previa y permitir, sin embargo, la creación de su propia inteligibilidad o su ser?

Lejos de la pretenciosa afirmación de Ranke de que la misión del historiador consiste en narrar lo *verdaderamente* ocurrido, O’Gorman reconoce la dificultad —que no imposibilidad— de alcanzar esa verdad absoluta del pasado; incuestionablemente *nuestro* pasado, pasado que ya no es.<sup>12</sup>

Entre el ser y el existir en el que la vida nos obliga a debatirnos, O’Gorman aceptaba que el vivir es siempre un estadio intermedio entre las posibilidades reales y la muerte. Así la autenticidad es una conquista precaria, y, como advirtiera Heidegger, nadie puede ufa-

<sup>8</sup> *Idem.*

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. XII.

<sup>11</sup> *Idem.*

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 199.

narse de alcanzarla definitivamente, ya que no puede convertirse en hábito.<sup>13</sup>

Hace ya casi 30 años, se decía del historiador O’Gorman: “tuvo el mérito de haber modificado, de manera decisiva, el enfoque con el que se aborda el estudio de nuestra evolución histórica. Insistió en revisar supuestos e implicaciones de la actividad característica de la historiografía tradicional”,<sup>14</sup> y, en consecuencia, se tornó en historiador para historiadores, a muchos de los cuales nos enseñó a pensar.

Es allí donde se centra uno de sus mayores méritos, al obligarnos a ser creativos, a pensar en lugar de asumir, a dudar y a cuestionar los documentos y, finalmente, a reconocer que, cuando no se encuentran las fuentes, se impone inventarlas. De otra suerte la historia no se comprende; más allá de las dimensiones de la conciencia histórica, más allá de los hechos, de *acontecimientos y procesos de larga duración*, la historia requiere, de manera sustantiva, la creación y la imaginación del historiador; sin ellas el esfuerzo sería estéril y los logros nimios.

Me resulta difícil elegir la forma de referirme a él: simplemente O’Gorman, o bien el doctor, o don Edmundo; concluyo finalmente que debo hurgar en las raíces, recordar los orígenes de mis conocimientos y ahí, en las remembranzas, encontrar que, desde el principio, siempre fue para mí el maestro O’Gorman.

Maestro que instruyó, educó y enseñó a generaciones deseosas de convertirse en historiadoras; que nos conminó a reconocer la tarea a la que deberíamos aprestarnos: dar explicaciones por los muertos, mas no regañarlos.

Impedida entonces, como lo estoy, para amonestarle y aun para reñirlo, pretendo explicármelo y explicarlo; buscar, en la imaginaria, la respuesta a la interrogante que nunca me respondió.

No obstante haber nacido el 24 de noviembre —en Sagitario, el noveno signo astral— en el año de 1906, a escasos cuatro meses de lanzado el Manifiesto y Programa del Partido Liberal Mexicano, y

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 329.

<sup>14</sup> Arturo Arnáiz y Freg, “Presentación”, en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, UNAM, 1968, p. 9.

de haber vivido una infancia ciertamente aventajada, aunque también nutrida de la experiencia revolucionaria cotidiana para los de su generación, vengo a concluir que, en su por demás prolijo rendimiento hemerobibliográfico, no repara en la Revolución mexicana o, al menos, se interesa de manera sólo tangencial por ella.<sup>15</sup>

Finalmente hombre de su tiempo, en tanto historiador se asumió como protagonista del presente y reconocía que la Revolución no fue,

como no lo es nada, un fenómeno de generación espontánea, algo milagroso que, habiendo reducido a cenizas un régimen caduco y podrido, nada le deba al pasado. Afirmando enérgicamente los anhelos que explican el triunfo del movimiento iniciado en 1910 y la apertura que ese triunfo significó para ideas nuevas valientemente traducidas a instituciones y programas de acción social nunca antes ensayados, es necesario ver que en todos los órdenes, pero peculiarmente, por su índole, en el relativo a la esfera intelectual, la Revolución hunde raíces en el pasado que la vinculan, no ya tan sólo con el devenir nacional, sino, más amplia y generosamente, con el gran proceso de la Historia Universal.<sup>16</sup>

Pese a todo ello, no habrá de dedicarle tiempo, atención ni mayores desvelos al tema.

Aceptaba sin embargo que la evidencia de la Revolución era un "bien, pero no por efecto del contraste con la maldad supuestamente inherente a la época de los abuelos, sino por el de una mayor madurez histórica que malamente se les puede exigir".<sup>17</sup>

Del proceso revolucionario, de los resultados, O'Gorman sólo parece interesarse por la común preocupación del definir el ser mexicano, al aceptar que el movimiento armado iniciado en 1910 se sig-

<sup>15</sup> Véase Eugenia Meyer, "Del ser mexicano y la historiografía de la Revolución", en *ibid.*, pp. 214-220.

<sup>16</sup> Edmundo O'Gorman, "La Revolución mexicana y la historiografía", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1980 (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras), p. 208.

<sup>17</sup> *Idem.*

nifica como “un cambio de signo en la comprensión del devenir nacional”.<sup>18</sup>

Quizá también, desde muy al principio de su fecundísimo oficio de historiador, optó por no detenerse a analizar aquello que le resultaba próximo y entrañable. O’Gorman fue testigo de su tiempo, vivió su mocedad durante el proceso de la reconstrucción; ya como joven postulante debió experimentar muy de cerca los grandes cambios generados por el cardenismo. Sus primeros trabajos históricos se acuñan durante el proceso de lo que se ha dado en llamar “el milagro mexicano” y, sin embargo, no se pronunció por hacer tabla rasa del pasado. Permaneció escéptico ante ese presente, a esa historia cercana y propia, porque “[...] el agrarismo, el obrerismo, el sindicalismo, la educación de las masas, el indigenismo, la enseñanza politécnica, el socialismo, la intervención estatal en la economía y qué sé yo cuántas otras benéficas teorías [...] inexorablemente van empujando al mundo hacia una espléndida barbarie [...]”.<sup>19</sup>

Si en verdad, como decía, “el pasado es fuente inagotable de posibilidades, sobre todo cuando se le sujeta a cuestión de tormento”,<sup>20</sup> habría que apoderarnos, aunque sin tortura, de su conclusión sobre Justo Sierra, para así tal vez de veras entenderlo y explicárnoslo: “[...] en el saber de la historia, de algún modo que jamás llegó a percibir con nitidez, andaría implícita esa coordinación tan deseada por él, que fuera a un tiempo explicación y razón de ser de la unidad y pluralidad de los conocimientos [...] vemos en su obra [...] las huellas de la lucha que desemboca en la realización [...] Así es la historia; pero no es que seamos sus víctimas, es que, más llanamente, más profundamente, somos eso, somos historia”.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>19</sup> Edmundo O’Gorman, “Hidalgo en la historia”, (discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia), en *Memorias de la Academia*, México, Academia Mexicana de la Historia, XXIII, núm. 3, julio-septiembre de 1964, p. 239.

<sup>20</sup> *Idem.*

<sup>21</sup> Edmundo O’Gorman, “Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México”, en *Seis estudios...*, p. 201.